

A P E N D I C E

(Plática sobre el tema "HUMILDAD Y GRANDEZA DEL SER HUMANO" pronunciada en Morcelo, Caimito Alto, Río Piedras, Isla de Puerto Rico, el día 27 de septiembre de 1959, ante la Asociación Para Facilitar el Conocimiento Propio.)

Les encarezco que mientras yo hable o lea, procuren distinguir o discernir entre la voz de la vida y el eco de la vida.

### Preámbulo

Lo que uno sabe por sí mismo, lo que uno comprende hondamente, no tiene necesidad de defenderlo o de argumentarlo. Me limitaré a afirmar lo que sé por mí mismo, por experiencia e intuición propias. No me interesa saber si lo que digo coincide o no con lo que haya dicho alguna persona, viva o muerta, o algún libro, sea cual sea. Soy mi propia ley, mi propio discípulo y mi propio maestro. Y espero que cada uno de ustedes sea también su propia ley, su propio discípulo y su propio maestro.

Espero que después de yo haber terminado haya un poco de claridad en vuestra conciencia. Si alguno de ustedes no entendiese lo que yo voy a expresar, y tratase de refutarlo, vocalmente, o en su fuero interno, sin haberlo entendido, lo que haría sería confundirse más. Me parece que si uno no entendiese una cosa, no debería ni aceptarla ni refutarla. Si algo de lo que voy a afirmar pareciese difícil de captar o asimilar, sería preferible no escucharlo, dejar de escucharlo o suspender el juicio. Es como cerrar o dejar de sintonizar un receptor de radio si el programa no fuese de nuestro gusto o simpatía, o porque lo consideremos difícil, incomprensible o árido. No refutamos o nos enojamos con el radio. Sencillamente, cerramos el conmutador.

Mi plática o lectura tiene una unidad interna, aunque superficialmente pueda parecer incoherente. Si al terminar, han logrado ustedes la intuición de esa unidad interna, recóndita, bella y vasta, se habrá cumplido plenamente el propósito de esta plática ante ustedes. Por otra parte, no espero ni quiero que quedéis complacidos con lo que yo diga. La complacencia es una reacción del ego. Donde hay complacen-

cia no ha habido ni puede haber comprensión, realización.

### Los límites de la experiencia

“La importancia existe más allá de las importancias finitas de la actualidad finita.” No nos debemos preguntar : ¿qué es lo importante o esencial para mí?; sino: ¿qué es lo importante o esencial para la vida universal?

### La humildad

La genuina humildad, la humildad verdadera, consiste en reconocer nuestra propia ignorancia. En el universo entero, solamente la criatura humana es capaz de reconocer su ignorancia, de descubrir su ignorancia y de superarla. Sólo quien reconoce y admite su propia ignorancia es humilde. La humildad es la gran virtud del hombre sencillo, del hombre diáfano.

Quien no tiene centro, quien no está cristalizado, quien es dúctil e ingrátido, no puede ser herido, no puede ser vulnerado.

.....

Algunos de nosotros andamos y somos apresurados, inquietos, ansiosos, como si fuéramos a perder un avión con motivo de un vuelo precipitado o perentorio. Me parece que es contraproducente preocuparnos de que seamos los últimos o los primeros en arribar a la verdad. La rectitud no compite. Ni el amor. El amor no es una carrera ni una competencia. La serenidad es a la vez el medio y el fin. Mientras estemos nerviosos, no podremos comprender nada. Relajemos nuestros músculos y nuestras mentes. Invitemos el sosiego, el maravilloso e imprescindible sosiego que propicia la compenetración, la armonía, la vivencia.

Mientras tengamos un sistema de ética para orientar o regir

nuestra vida, mientras tengamos un dogma de moralidad o de inmortalidad, estaremos continua o intermitentemente nerviosos o tensos o anhelantes. Lo que llamamos ambición, ambición económica, ambición social, ambición intelectual o ambición espiritual, no es otra cosa que una forma de nerviosidad, de tensión, de avidez. Esa ambición, esa avidez lleva o conduce a la ética, al dogma consciente o inconsciente; y el conflicto entre los dogmas o normas éticas y nuestras ambiciones o aspiraciones conduce a la nerviosidad, a la ansiedad, a la perpetua o intermitente frustración. Vivimos en un consciente o inconsciente acucio, franco o reprimido, de lograr poder, prestigio, reconocimiento, dinero o amor. Somos esclavos de nuestras ambiciones y aspiraciones. Algunos se arrastran por el mundo como serpientes astutas para lograr colmar la medida de sus ambiciones, de sus aspiraciones. Es así que casi todos los seres humanos hemos vendido nuestra alma, nuestra integridad, nuestra vida eterna por un vellocino de ilusiones intelectuales, de vanidades mundanales y distinciones y privilegios sociales. Hemos erigido hasta la vida misma, hasta la verdad inmortal, en una tiranía, en un dogma, en una sutil ambición o aspiración egóica, en un superego dictatorial e inapelable. Y acabamos conversando sobre la vida y la vivencia con el mayor desparpajo, como si fuese un nuevo "thrill", una nueva sensación, emoción o entusiasmo, algo fascinante o excitante, el último frenesí, la verdad novísima y más sorprendente. Para algunos de nosotros el amor es una especie de turismo, y la búsqueda de la verdad un paseo o pasatiempo, y nos lanzamos a la empresa con parecido empeño de conquista, con la anticipación triunfal y con una parafernalia semántica análoga o equivalente a la del equipo y la proeza de un curtido alpinista, de un escalador de cumbres, en el plano material o en el espiritual. Otros lo que realmente buscan o

ansían es una nueva droga tranquilizadora, no la verdad. Otros son pirómanos reprimidos y lo que en verdad anhelan es abrasarse en una pira ardiente y hacer arder el universo entero. En suma, deberíamos empezar por preguntarnos : ¿qué es lo que yo anhele, qué es lo que yo ambicione, qué es lo que yo persigo, voluntaria o involuntariamente, franca o clandestinamente? Y ahora, específicamente, en el contexto de este momento, acaso proceda preguntarnos sin ambages : "¿Por qué es que he ve<sup>n</sup>ido aquí a Morcelo a oír hablar a este hombre fastidioso? ¿Por qué no me quedaría en mi cómoda casa leyendo y meditando a Krishnamurti que me aprovecharía más?" Me temo que para algunos de nosotros Krishnamurti se ha convertido en un refugio, en un consuelo, en una panacea, en un santuario. Lo tomamos de patrón para diseñar nuestra felicidad. Mentalmente, anhelamos su endoso, su aprobación. Nos aflijimos y preocupamos si sus intuiciones no coinciden con lo que creemos ser nuestras intuiciones. Estamos erigiendo a Krishnamurti en una norma de la verdad. No voy a defender ni a impugnar a Krishnamurti. Lo verdadero no necesita defensa. Lo que quiero sugerir es que nos preguntemos honradamente si nuestro pensar y nuestra conducta son creadores, espontáneos, o si nos hemos limitado a seguir a un hombre, a una persona, sea Krishnamurti, Cristo, Buda, o quienquiera que fuera. Cristalizamos una imagen de Buda, de Cristo o de Krishnamurti, y esa cristalización es la religión o nuestra religión. Mas no podemos cristalizar el espíritu, la vida, la verdad. De suerte que la vida no puede tener religión, no puede ser una religión.

Vivir en el presente es la única manera de vivir. Cada instante va labrando su huella sempiterna. El presente no es una di-

Los que entre nosotros tenemos un espíritu místico, devocional o religioso, solemos concebir o interpretar el amor como un apego o dependencia mística o devocional, sea a Dios o lo que creemos que es Dios, sea a la <sup>i</sup>Virgen o a lo que creemos ser la Virgen, sea a Jesucristo o a lo que creemos ser Jesucristo, o sea a Krishnamurti o a lo que creemos o concebimos ser Krishnamurti. Krishnamurti nos advierte que el apego es una fuga, un escape y una proyección del ego. Podemos amar a Krishnamurti sin apegarnos a él. En el grande y hondo amor no puede haber apego.

En el otro extremo opuesto a los místicos y devotos, están los intelectuales, los cerebrales. Es asaz evidente que vivimos en una época supercerebral. Estamos en el apogeo del intelecto. Tanto en Rusia como en los Estados Unidos, los países principales de nuestro tiempo, se sobrevalúa el espíritu de investigación, la curiosidad intelectual y el apetito de informaciones y de datos científicos o pseudocientíficos. John Dewey <sup>e</sup> ilustra ese afán de un intelecto cultivado al compararlo con una rata que roe y roe sin necesidad, por simple instinto. A cada paso nos encontramos con ejemplares de ese tipo de ~~HEHEHE~~ intelecto cultivado, cerebros mágicos que tienen una solución para todo, máquinas pensantes, masas encefálicas en incesante o ininterrumpida ebullición. Cierta persona, profesor universitario, tuvo que divorciarse de su esposa, que era también una catrónica, por el motivo de que <sup>ni siquiera durante el sueño o dormida</sup> ~~hacía cuando la infeliz se había~~ ~~tenido~~ <sup>la infeliz</sup> podía suspender la tarea de rumiar las conjugaciones de los verbos latinos. La cerebración, la actividad cerebral, es en ciertos casos una pesadilla horrenda que esclaviza al ser pensante, encadenándolo a un automatismo cerebral cruelísimo que acaba por tornarse en un suplicio dantesco.

*En muchos niños el intelecto se desarrolla precozmente. Mas es una de las raíces del alto índice de delincuencia juvenil.*

¿Qué hay de espontáneo en nuestra vida? Actuamos casi siempre bajo coerción, nos demos o no nos demos cuenta de ello. La coerción no solamente es la del ego individual sobre el ego institucional o colectivo, sino también y a veces recíprocamente, la coerción del ego institucional o social sobre la persona. Un ejemplo: la vida matrimonial como institución es muchas veces una coerción de un cónyuge sobre el otro o una coerción recíproca entre ambos cónyuges. Ciertos cónyuges parecen decirse continuamente el uno al otro: "Si me pellizcas, te pellizco. Por consiguiente, no me ~~pellizcas~~ pellizques". Con respecto al divorcio, también implica a menudo una coerción o coacción unilateral o recíproca. En el estado de Nueva York el código civil prescribe que ~~que~~ el divorcio por mutuo acuerdo es ilegal y por tanto, queda prohibido. Es decir, el Estado interviene para obligar a los cónyuges a seguir casados a la fuerza.

Vivir en el presente es la única manera de vivir. Cada instante va labrando su huella sempiterna. El presente, el ahora, no es una dimensión de tiempo, sino una coyuntura eterna. La vida es un ser y un devenir incesante. No hay ~~ninguna~~ tablâ o âncora de salvaci3n. No hay nada de qu3 asirnos, ni a3n de nuestra propia vida. La experiencia o vivencia de lo real es como nadar en un oc3ano insondable, donde todo lo particular perece y no hay salvaci3n posible para la persona, para la separatividad. Tan s3lo el oc3ano infinito, el oc3ano mismo, es cierto e inmortal, nunca la nave que lo surca, nunca el nauta o el pez que nada en las capas superiores o inferiores de ese vasto oc3ano de vida.

Hay r3os subterráneos donde los peces son ciegos, nacen y mueren ciegos, pues no tienen ojos ni vestigios de ojos. Como esos

peces ciegos, así son nuestras pasiones, nuestros deseos, nuestras ambiciones, nuestras codicias, nuestras concupiscencias y amores personales, en el río subterráneo de la conciencia.

### El portal de la vida

Para que la puerta de la vida, de la realidad, se abra, hay que tocar sin tregua, perseverantemente, con suavidad las más de las veces, mas una que otra vez con fuertes, con tremendos aldabonazos. A ratos la puerta se entreabre y transidos de júbilo cantamos victoria prematuramente; mas si el portal de la vida no se ha abierto del todo, de para en par, cabalmente, puede volverse a cerrar y nos hallaremos de nuevo en el páramo de la ignorancia, en la aridez del Ego.

La vida nos vocea, nos llama perennemente, urgentemente. Procuremos estar en disposición de escucharla con la mayor ternura de que seamos capaces. Respondamos a su apremio, a su clamor, sin pérdida de tiempo, sin morosidad. Es preciso ser capaces -y ello requiere gran humildad- de gritar día y noche a pulmón pleno : X "¡Vida eterna, ahora voy, ahora mismo!" Si gritamos con humildad, E con amor y fervor, desde lo íntimo y más auténtico de nosotros, la vida nos oirá y acudirá y se revelará en nosotros y a nuestro derredor, íntegramente.

### La cruel dualidad

Hemos dividido, escindido nuestro corazón y nuestra mente. Hemos forjado una cruel dualidad : la dualidad de Dios y el hombre, del sujeto y el objeto, del Creador y la criatura, del observador y el observado, del contemplador y el contemplado, del pensador y el pensamiento, del actor y la acción.

### Cosas totalmente disímiles

Un pedazo de alma puede trocarse en una moneda, pero una moneda no



puede trocarse en un pedazo de alma.

La realización no depende de la salud  
del cuerpo

El cuerpo es un agregado o compuesto bioquímico, de naturaleza frágil, precaria, evanescente. Sobre la mera salud no puede asentarse la base de la felicidad ni de la verdad, pues todo lo físico, todo lo material, es evanescente. La salud espiritual y mental es primordial, pero la del cuerpo no es imprescindible, si bien es conveniente o deseable. Tengan la bondad de entenderme bien. ¡Esto no quiere decir que tenemos que enfermarnos o que debemos enfermarnos! Yo no desdén el cuerpo, lo físico. ¡Ojalá que todos los humanos disfrutáramos de salud perfecta en todo sentido, en lo físico, en lo mental y en lo espiritual!

Lo salvaje entre nosotros

El hombre moderno, el llamado hombre civilizado, está a solo un paso del salvaje. El civilizado suprime el salvaje que lleva dentro. Pero el salvaje sigue agazapado en su alma consciente o subconsciente y la menor provocación lo activa o moviliza para la acción destructiva. Eso ocurre continua o intermitentemente en la siquie de millones de seres humanos en las grandes urbes del mundo contemporáneo.

Caminar solos

Tenemos que acostumbrarnos a caminar solos y a ser tergiversados, a no ser comprendidos.

Lo grande no es lo olímpico

Lo que estimo grandeza humana no tiene nada que ver con el concepto olímpico o prometeico del hombre que tienen algunas gentes que aspiran a ser superhombres, dioses y taumaturgos.

Amar con el corazón

La mayoría de las personas ama con el cerebro, con la mente, o con los sentidos o sensaciones carnales. Son los menos los que aman con el corazón. El verdadero amor, el amor puro y humano, emana del corazón, fluye del corazón, no del cerebro ni de las vísceras sensoriales. Es preciso que nos demos perfecta cuenta de lo absurdo que es el pretender amar con los ojos o con la mente. Lo único que ama -con el poder y la virtud y el saber del genuino amor- es el corazón.

¿Puede el ego unirse con la vida o identificarse con ella?

Algún día -si es que ahora pensamos o creemos eso, es decir, la afirmativa de esa interrogación- nos convenceremos que no puede haber realmente tal unión o identificación. Tal aspiración o tendencia a la identificación o unión con la verdad, Dios, o como preferamos llamarlo, parte de una raíz o resistencia inicial.

El nacimiento es la protesta básica, la resistencia inicial. Nacemos gritando o llorando, pues al nacer lo interpreta el recién nacido como que se le ha expulsado del paraíso en que vivía ~~dentro~~ dentro del claustro materno. La expulsión bíblica del Edén es una alegoría del acto de nacer, de la expulsión del feto.

Luego de nacer, el niño se identifica positivamente con la madre y se siente complacido. Por eso ríe o sonríe. Cuando se identifica negativamente con la madre, entonces <sup>o se aflige.</sup> llora. De ahí viene el ansia, anhelo o aspiración de unión con Dios, con la vida, con la verdad eterna. En la mayoría de los casos estamos haciendo un buen

negocio, sin saberlo, sin darnos cuenta, ~~una gran parte de los~~  
~~man~~ "reuniéndonos" con Dios, con lo Eterno, si bien algunas  
personas ~~XXXXXX~~ "aman" a Dios con premeditación, deliberación  
o cálculo, con fines conscientes de lucro material o espiritual.  
El ego metafísico -consciente o subconsciente- de millones y mi-  
llones de feligreses en todo el mundo, ese ego cree o alega que es  
bueno y provechoso identificarse positivamente con Dios, pues,  
para ese ego, así se va al ~~cielo~~ cielo o al nirvana. En este caso, lo  
que llamamos Dios, el Padre Celestial o el Logos teosófico no es  
sino una sublimación de nuestro padre o madre personal, o de ambos.  
La huma <sup>nidad</sup> ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ es todavía un infante en vestimenta de adulto.

El ego no puede regresar jamás al seno de Dios o de la  
Vida, como pretenden y proclaman las religiones, por la sencilla  
razón de que el ego, el yo, es una idea, una ilusión irreal. Lo  
irreal no puede regresar a lo real. Sólo lo real puede unirse a lo  
real. Sólo lo eterno puede sumirse en lo eterno.

### Cooperativismo

Donde hay amor la cooperación es superflua. La cooperación,  
o el cooperativismo, es una expresión de los conflictos del ego,  
de la polaridad del yo. La vida no coopera con la vida. Lo que coo-  
pera es el ego con el ego. La vida ama y donde hay amor la coopera-  
ción es innecesaria, superflua.

### El prejuicio de la muerte

¿Qué es la muerte? Un prejuicio.

¿Qué significa la palabra "prejuicio"?

Etimológicamente, la palabra "prejuicio" significa "antes  
del juicio", o sea, llegar a una conclusión o veredicto sin haber  
examinado diligentemente, razonablemente, los factores envueltos.

Se puede tener prejuicio a favor o prejuicio en contra. En ambos casos es prejuicio, o sea, error o aberración del juicio.

Mientras haya en nosotros el más mínimo prejuicio, no puede nacer o aflorar la intuición auténtica o verdadera. No habremos despejado el camino hacia la comprensión hasta que no nos demos perfecta e intensa cuenta -y ese darnos cuenta puede que sea ingrato o penoso- de que a lo largo de nuestra existencia hemos venido creando y acumulando recuerdos. Ese cúmulo de recuerdos no es otra cosa que un caudal o un acervo de prejuicios.

A veces, con sinceridad ostensible, negamos tener prejuicios, por la inefable razón de que no estamos conscientes de ellos. Por ejemplo, algunas personas tienen un prejuicio racial del cual no están conscientes. La mayor parte de nuestros prejuicios son inconscientes, es decir, no sabemos que los tenemos o no nos damos cuenta de tenerlos. Si no comprendemos la vida, si no realizamos la vida, si no hay vivencia, es porque tenemos prejuicios. Los prejuicios son las barreras, las rémoras. Darse cuenta es darse cuenta de los prejuicios, o sea, de lo ilusorio. De la realidad no nos podemos dar cuenta, porque la realidad se vive o no se vive. Si nos damos cuenta de lo ilusorio del destino personal, de lo ilusorio de eso que los teósofos y los hindúes llaman karma o kismet, lo cual es un proceso acumulativo en la memoria personal, si nos damos cuenta de que estamos entregados o atados a ese proceso acumulativo, despejaremos la conciencia para que en nosotros pueda nacer la verdad. Las memorias, los recuerdos, los prejuicios son como telarañas que rayan, enturbian o empañan el límpido cristal de la conciencia y del amor. El pasado no es otra cosa que un arrastre, un rezago de recuerdos y prejuicios. El miedo recrudece esos

recuerdos, esos prejuicios, a los cuales nos aferramos como se aferra la hiedra al muro. (Algunos de nosotros no somos otra cosa que un archivo ambulante de recuerdos cristalizados, un almacén existencial de memoria inerte.) Vivir libre de recuerdos o prejuicios suele representar para muchos una especie de vacío, o una especie de suicidio lento, por etapas. Tal sería el punto de vista de la mente, del intelecto.

Es la mente la que teme al vacío o al empobrecimiento intelectual, paulatino o abrupto. En la vida, en la realidad, no hay merma ni liquidación; no se pierde ni se gana. No hay vacío ni aniquilación. La aprensión, la anticipación de vacío, de extinción, de aniquilamiento, de volver a la nada, esa aprensión vana, esa anticipación, esa expectativa mental y emocional, es una ilusión más. Dice un refrán que nadie se muere la víspera.

El agonizante no siente ni se percata de la muerte. Lo único que puede acaso sentir o percatarse de es del miedo a la muerte, o de una figuración mental o fantasmagoría de la muerte. En el instante de ocurrir, la muerte no se siente, pues es ingrávida. Nadie ha visto la muerte cara a cara. Ni los sentidos físicos ni los sentidos síquicos pueden captar o percibir la muerte. Lo único que podemos captar o forjar es una idea o entelequia de la muerte, no la muerte misma. La noción de la muerte es una percepción ilusoria, un prejuicio. Es por eso que los lóxicos y las Escrituras aluden al "limbo de la muerte", entendiendo por limbo el sitio donde van a parar las almas de las criaturas que mueren sin carisma, sin viático o sin uso de razón. Por eso decimos: "están en el limbo". Al liberarnos de todos los prejuicios, incluyendo también el prejuicio de la muerte -sea de la nuestra o de la ajena muerte- lo que queda es

la vida que nunca muere, pues es inmortal; lo que *emerge* es la vida, el residuo eterno.

De suerte que lo temible y terrible es la idea o noción de la muerte, no la muerte en sí misma. Lo temible y horroroso y angustioso es el miedo. La causa y raíz de la inquietud ante el abismo o vacío de la muerte no es la muerte, sino el miedo a un fantasma auto-forjado. El fantasma, la ficción de la muerte, es de fabricación propia, es un mito heredado y auto-forjado. No existiendo la muerte, nada ni nadie puede separar a un ser humano de otro ser humano. La vida es una y solidaria. La separatividad es irreal, falsa, efímera.

La vida universal no muere, no puede morir. La forma nunca es independiente de la vida. Por eso, estrictamente hablando, no podemos afirmar que lo que muere es la forma. NADA MUERE. La vida-forma (frase que tenemos que crear para significar que la forma no es separable de la vida), la vida-forma se renueva, se transforma, se modifica en una palingenesis incesante, ~~XXXXXXXX~~ mas no muere, NI SIQUIERA LA MATERIA MUERE.

Para ilustrar este concepto o intuición de la vida sin muerte, emancipada de la muerte, desnudada de la muerte, os voy a referir una experiencia o vivencia. Hace unos días ví a un animalito, un perrito, agonizando, a consecuencia de haber sido atropellado por un auto. Los ojos del perrito no sentían la muerte ni buscaban la muerte. La vida incesante, eternal, estaba palpitando en las pupilas de aquel perrito en agonía. Sorprendí la pena, el dolor universal, en aquella mirada del animalito, y me invadió una piedad infinita. En los ojos de aquel perrito estaba reflejada, elocuente y viva, toda la Creación, toda la vida universal, buscando, anhelando, ansiando intensamente la renovación. Comprendí instantáneamente que en aquel humilde animal había una esencia sempiterna,

más allá de la muerte, más allá de la mera existencia, y que lo importante, lo vital, lo esencial no es sobrevivir, sino vivir, ser. Miremos en torno nuestro y advertiremos continuamente la presencia, o mejor dicho, la omnipresencia de algo profundo y elocuente, una lumbre, una llama eterna a cuyo resplandor y vivencia la muerte es inconcebible. ~~NEHEHEHE~~ Vivamos siempre con los ojos del alma bien abiertos para así percibir esa vida inextinguible manifestándose intensamente, ardientemente, en el ambiente que nos rodea, en el mundo entero, mediato e inmediato.

La muerte es un velo impalpable que circunda y acaricia la desnudez de la vida.

### La educación intuitiva o simbólica

Las filosofías y sistemas de educación que prevalecen hoy en todo el mundo son superficiales porque no reconocen que el ser humano dado o existente en el terreno de los hechos y realidades es un ego, un ego de proyección negativa, un ego que es un conjunto o complejo de prejuicios y una barrera frente y contra la vida. La educación moderna no comprende y, por consiguiente, no admite, que el ego es la frustración de la vida, la ignorancia de la vida, la mutilación de la vida, la vivisección de la vida. La educación moderna pretende refinar, adiestrar y hasta a humanizar el ego, pero por más que se refine, adiestre y humanice, un ego seguirá siendo un ego. (Al cesar el ego, cesa también eso <sup>que</sup> los freudianos llaman superego que no es otra cosa que una sublimación del ego.)

Hay que reorientar la educación nueva o futura. Los fundamentos de toda educación deben asentarse sobre los cimientos de la naturaleza simbólica de todas las formas, de todo lo existente. Enseñar

es indicar o mostrar sin que intervengan criterios, opiniones o explicaciones. Enseñar al niño debe consistir en indicarle o mostrarle que nada físico tiene realidad, que todo el orbe material -todo objeto y toda criatura material- es un simple símbolo o emblema de la vida eterna; un símbolo que no tiene realidad en sí, de por sí. Y que además de esos símbolos naturales, el hombre ha inventado y está inventando continuamente un cúmulo de símbolos artificiales o sintéticos, tales como nombres, lenguajes, modos de vestir y patrones de conducta, de moralidad y de cultura. Puerto Rico, por ejemplo, es un símbolo artificial, sintético, inventado. En la vida, en lo real, no hay nada que corresponda a esto que llamamos Puerto Rico. A una isla, como tantas otras en el mundo geográfico, se nos antojó <sup>ma</sup>llarla Puerto Rico y desde entonces sus habitantes -es decir, nosotros- creemos o nos figuramos que es peculiar y nuestra y distinta de las demás islas tropicales. Eso constituye una ilusión, una ficción colectiva, una herencia ancestral que nos complace y nos halaga. Naturalmente, nos sentimos satisfechos y contentos de que nos tocó nacer en Puerto Rico, aunque ello sea una ilusión, un espejismo síquico, mental o emocional.

El patriotismo es apego, no amor. Tratemos de emanciparnos de esa visión estrecha, circunscrita, de esa ficción que denominamos o bautizamos hace siglos con el hermoso nombre de Puerto Rico o de Borinquen. Es mejor, es preferible, vivir en el mundo, en toda la tierra, en el precioso y múltiple mundo de toda la humanidad sin distinción, a vivir meramente, aisladamente, separativamente, en una isla que llamamos Puerto Rico. "Por cualquier puerta se sale al mundo", afirmó Unamuno. ¿Por qué enclaustrarnos? Una jaula, por linda que sea y por mucho que la adoptemos o embellezcamos, no deja



de ser una jaula. Amo a Puerto Rico, pero amo todavía más el mundo, la totalidad, la vida universal. Puerto Rico es tan sólo un fragmento del mundo. Soy, en la vivencia del espíritu, un humilde ciudadano del mundo.

Ofreceré a ustedes esta otra ~~XXXX~~ instancia o ejemplo de simbolización autofabricada :

Si usted es casado, generalmente supone o cree que su esposa es distinta a las demás esposas porque da la casualidad de que es su esposa. Eso es un condicionamiento, una simbolización eidética, una ilusión y un hábito forjado por la mente. Toda diferenciación de personas procede de la mente que discrimina, que se ~~de-~~ ~~mente~~ alimenta de las nociones de separatividad. La misma diferenciación sexual genérica -además de la específica o individual- es una noción de separatividad. El ser humano propiamente dicho, intuitivamente entendido, no es ni hombre ni mujer. Hay que superar la barrera, el prejuicio del sexo. El ser humano por antonomasia, es decir, genéricamente, supera toda diferenciación sexual. Desde luego, en el terreno del hecho biológico o fisiológico, somos el hombre o la mujer. No estoy negando o repudiando hechos obvios y tangibles. He estado y estoy hablando intuitivamente.

Un corolario de lo que acabo de decir es que así como nuestro automóvil es una prolongación de nuestro propio cuerpo, así también la familia, la patria o el mundo entero puede ser de hecho la proyección de nuestro ego personal, una dilatación o ampliación de nuestro propio ego. Esto lo debiera percibir claramente todo educando y todo educador en el mundo intuitivo y simbólico del mañana.

Otro principio básico de la nueva o futura educación sería que toda vocación o especialización es accesoria e incidental. El

ser humano es primario; la vocación es secundaria. No se debe jamás considerar o juzgar a un ser humano como mero instrumento. El ser humano no nació expresamente para llenar o cumplir una función social específica. No confundamos al ser humano con la función personificada. Identificarse con un empleo o con una función social es explotación pasiva o explotación activa. El ser humano —sea lo que sea: comerciante, periodista, sacerdote o ministro, musicólogo, editor de libros, escritor, maestro, médico, abogado, juez, trabajador social, gobernador, político, limpiabotas, ama de casa, etc.— no es ninguna de esas funciones personificadas. El ser humano no es ni un empleado ni un patrono. El ser humano no es un cuerpo ni es un cerebro. Este cuerpo mío, esos cuerpos de ustedes, son canales de la vida. Este cuerpo en sí mismo no tiene realidad independiente, carece de esencialidad. Es una danza de átomos y moléculas en incesante dispersión, en desgaste continuo. Toda forma es efímera, transitoria. La forma es el vehículo contingente y momentáneo, el canal o instrumento de la vida. El canal o instrumento en sí no es substancial, no es imprescindible. Nuestros cuerpos son sólo a manera de pinceles con que la vida, lo eterno, traza su autógrafa, su rúbrica, sobre la faz de la tierra. En cualquier momento, a su discreción, la vida puede descartar o desechar los pinceles, vale decir, nuestros cuerpos. Sólo la vida es substancia auténtica, motriz y creadora. Sólo la vida es esencialidad. Todas las formas materiales, el sol, las estrellas, la luna, la tierra, nuestros cuerpos, todo lo corpóreo, en fin, es simplemente un canal, un cauce, para el fluir de la vida, de lo real, de lo permanente, de lo eterno.

#### Hacia la perfecta unidad del ser

Hace sólo unos días, inmediatamente después de oír el clímax de la Sinfonía Inconclusa de Schubert, advino en mi conciencia una

visión y realización de la perfecta unidad del ser. Y escribí lo siguiente:

Como en el clímax de una sinfonía de Beethoven, de Brahms o de Schubert, en ese clímax sublime, en ese "finale", todas las diferencias, matices o acordes particulares -el del oboe, el del trombón, el de los violines, el del violoncello, el de la flauta, el del clarinete, el del tambor, el del contrabajo, etc.- se funden en una sublime unidad polifónica. Cuando sepamos vivir en la dimensión de lo grande y lo profundo, permaneceremos siempre conscientes de ese inmenso clímax polifónico, de la armoniosa vida universal. No es que percibamos esa vasta belleza inexpresable, esa inmensa, esa ilimitada y plena perfección, como externa o afuera de nosotros. No. Lo que ocurre entonces es que ya no hay percipiente o espectador, que el oyente se ha trocado en la sinfonía misma, en la melodía infinita. No hay, no puede haber, unión o fusión del yo y la vida. El yo ha de cesar totalmente, absolutamente. Cuando el yo se disipa, sólo perdura o pervive la sinfonía de la vida, el monismo absoluto. El dualismo de yo y la vida tiene que cesar. Al cesar el yo -que en la instancia musical es el oyente- la melodía queda sola, íntegramente sola. La vida es la melodía o la sinfonía que se escucha a sí misma. El oyente, el sujeto, el percipiente ha perecido o tendrá que perecer pues su destino inexorable es morir, cesar, pasar.

Tal vez es posible olvidarnos ahora mismo de nosotros mismos como entidades separadas. Percibamos ahora, en este preciso instante, que sólo somos un humilde murmullo, una resonancia, un débil susurro de la vida. No somos una persona, no somos un cuerpo, no somos un nombre. No estoy hablando para que ustedes separadamente escuchen. Hablo para que la vida se escuche a sí misma.

El buen compositor compone música para que la vida misma

irrumpa, para que la vida misma sea, para que la vida misma se solace o escuche a sí misma, y no para <sup>un</sup> ~~un~~ oyente particular, no para persona alguna. Que su composición musical la oiga una <sup>sola</sup> persona o un millón de personas es algo puramente accidental, fortuito, sin intención.

(Estas palabras, estas metáforas, sólo son reales si se viven. Vamos a dejar de ser un vértice de autoconsciencia. Vamos a sumirnos en la vida, en la vida de toda la humanidad, en la vida de todos los seres, en la vida universal. El río -todo río- se aproxima a su muerte, a su desaparición en el mar. Cada uno de nosotros es un río de vida, un cauce de vida. Y todo río es canal de la vida, tránsito de vida; todo río desemboca al cabo en el mar inmenso, vasto, universal. La función, el sentido y la meta del río es desembocar, morir, desaparecer en el mar. En la cumbre del amor, en el corazón del amor, no hay objeto ni sujeto, no hay criatura ni creador, no hay ni tú ni yo.)

En algunos discos estereofónicos se graban frecuencias que son inaudibles para el oído corriente. Esos infrasonidos o ultrasonidos pueden sentirse emocionalmente o intuitivamente, mas no los puede oír el oído de la persona promedio. En análoga forma, las cosas más hondas, reales y vitales de nuestra existencia son inaudibles. Es por eso que tenemos que captar las verdades con la antena o radar de nuestra intuición, sin que medien palabras y explicaciones. No hay otra forma. Las palabras son fichas que sólo sirven para sugerir o para insinuar, pero no pueden transmitir nada esencial. Si ustedes no sienten <sup>o intuyen</sup> la realidad que hay o que pueda haber detrás de mis pobres palabras, en tal caso, al concluir esta plática, habré hablado en vano, en el vacío, infructuosamente.

Queremos llegar, anhelamos llegar a lo infinito, lograr lo infinito, sin haber comprendido lo finito. Es indispensable compren-

der lo finito para no caer en sus celadas, en sus redes, en sus ilusiones. No podemos calar la verdad. Lo que sí podemos es calar, ~~en~~ sondear, la ignorancia.

Para que haya aspiración o exhalación tiene que haber antes inspiración o inhalación. Lo que importa encontrar o advertir primero es la vida dentro de nosotros, la vida que circula por nuestro cuerpo y que ronda por nuestra alma. Al descubrirla, al sorprenderla, esa ~~la~~ vida se adueña de nosotros y nos expropia, nos enajena. No es posible poseer la vida. Es ella la que nos posee y no nosotros a ella. La vida es una excavadora, una enajenadora del yo. A semejanza de las cuatro notas recurrentes, o leitmotiv, que simbolizan al destino en la Quinta Sinfonía de Beethoven, la vida es una melodía que retorna y ~~se~~ nos va cautivando, nos va enajenando, nos va ensimismando, hasta que dejamos de resistir a ella. Llega un momento en que el yo ya no nos concierne, no nos ofusca, y entonces sólo queda lo ajeno, lo real, sin vínculos con la noción del yo, sin eslabones con la identidad propia. Un buen día nos exaspera el tiempo y lo alzamos en vilo para que la lumbre de la vida lo haga cenizas. Eso, en mi manera de expresión, es ~~lo~~ que Krishnamurti llama liberación. Es el fin del tiempo, la cesación de lo temporal, de lo transitorio.

Al liberarse la vida, la conciencia se enajena. Pero para enajenarse, ha de ensimismarse primero. Para llegar a lo infinito hay que recorrer lo finito. Mas el buen corredor recorre su trayecto aladamente, sin apenas hallar la pista. Aprendamos a rozar y abrazar el mundo casi imperceptiblemente, sin dejar huellas de dolor, de prejuicio, de mezquindad y de miseria. Somos aves de paso, ruiseñores en el exilio, que se ciernen y vuelan sobre un proceloso piélago de tinieblas.

El mundo, la tierra, lo terrenal, si lo contemplamos a cierta altura espiritual, es más puro, más bello, más amable. Remontemos ahora mismo el vuelo, pues se acerca el ocaso de esta civilización. Antes de que <sup>descienda</sup> ~~se~~ la noche, démos albergue a la vida que habíamos olvidado. No esperemos a que la vida, <sup>tal si fuese</sup> ~~nos dé el golpe de un~~ saltador de caminos, <sup>no de un alto</sup> obligándonos a parar en seco. Invitémosla cordialmente, amorosamente. La verdad no se desliza como un ladrón en la noche. Abramos el alma, el ser todo, sin reservas, sin vacilaciones, sin titubeos, a la vida que pugna por brotar e irrumpir en nuestra conciencia. Si reconocemos la escoria en nosotros, cómo resistimos a la vida, a la verdad, cómo continuamente le damos la espalda, ignorándola ~~y~~ soslayándola, si reconocemos honradamente eso que somos -aunque ese reconocimiento o autoconocimiento sea desagradable- ya estamos despiertos, casi vivos y conscientes.

Cuando sabemos la dirección, surge el camino. Para empezar a comprender tenemos que estar conscientes, no de lo sobrenatural, sino de lo natural, no de lo celestial y cósmico, sino de lo sencillamente humano. Sólo el ser humano íntegramente sencillo puede comprender la vida. Sólo el ser humano sencillo es digno de la bienaventuranza, de la dádiva incorruptible de la verdad, del bien supremo.

Es por eso es que lo más grande del hombre es su capacidad de humildad, de sencillez, de limpieza moral, de diafanidad de conducta.

No podemos huir indefinidamente del mal llamado ~~XXXXXXXXXXXX~~ "rebaño humano". No podemos huir de nuestro propio yo. No podemos retirarnos indefinidamente a una tebaida, a una ashrama, a una ~~XXXXXXXXXX~~ "Arya-Vihara", a una cabaña solitaria en el desierto, en Acapulco o en El Yunque, o construyendo un refugio de ocio, una placentera torre de marfil en donde pasarnos el día y la noche solazándonos

o buscando inspiración y consuelo en la música, en la poesía o en el estupendo paisaje circundante. O si preferimos, en vez de fugarnos hacia la belleza o refugiarnos en lo lírico o hermoso, acaso optemos por seguir suicidándonos lentamente en algunos de los innumerables estilos rutinarios, voluptuosos o refinados, o hacerlo de una vez, abruptamente. Mas tales no pueden ser las soluciones radicales y humanas de nada. Hemos de percatarnos, sin rodeos ni remilgos, que el sufrimiento es inexorable, porción esencial de la vida humana, de la existencia terrestre y mortal. Y hemos de advertir o intuir la causa del sufrimiento que es la separatividad. En nosotros mismos está la causa del sufrimiento, no en el ambiente. Aunque cambiásemos de ambiente, seguiríamos sufriendo.

Algunas personas están tan atrozmente empecinadas en su magnífico ego -como, por ejemplo, el benemérito señor don Rafael Leonidas Trujillo- que ante la esplendidez de tal ego o superego no podríamos más que exclamar: ¡"Caballero ególatra, con usted no hay quien pueda!"

#### Aprendamos de todo y de todos

Aprendamos de todo y de todos, no únicamente de lo que nos enseña o revela Krishnamurti. ¡Por Dios, no convirtamos a Krishnamurti en un carcelero o en un tirano espiritual! Aprendamos de todo lo que acontece dentro y fuera de nosotros. Aprendamos de todo lo que ocurre en nuestro cuerpo, en nuestra alma y en nuestro ambiente. La vida -que es a la vez objetiva y subjetiva, pues supera toda dualidad- esa vida es la única maestra inmortal, la única maestra de lo verdadero, de lo eterno y real.

Lo que solemos llamar ~~XXXXXXXXXXXX~~ "nuestra vida" es una ficción subjetiva, personalizada. Lo que falazmente llamamos "nuestra vida"

o "mi vida", no es sino la nostalgia y la esperanza de una existencia particular, homocéntrica, concéntrica y centrípeta. Estamos encerrados en el recinto de nuestro mundo personal y por más amplia o vasta que sea esa cárcel, ese mundo aprisionado y circunscrito, sigue siendo un microcosmo o un macrocosmo cerrado. Proseguimos obstinadamente, consciente o inconscientemente, aprisionando la vida, encarcelando la vida, poniéndole cerco y asedio a la vida, a la verdad, a la belleza, a la realidad. Hemos convertido la existencia y el mundo en un confortable campamento de concentración con calefacción central y aire acondicionado, con ornamentación y jactancia de Sputniks y pirotecnia de cohetes estelares, con bombas de plutonio y platillos voladores. Mas, no obstante todos esos jalones científicos, la existencia en casi todo el mundo sigue siendo, anímicamente, un campo penal o purgativo donde están confinados tanto los ricos como los pobres, los santos y los pecadores, los ilotrados y los doctores en scienciología. Casi todos los seres sobre la faz de este planeta siguen confinados, voluntaria o involuntariamente, dentro de un cerco, redondel o cinturón egóico, sutil o crudo.

Si al ser humano promedio le presentasen la alternativa de disfrutar del vellocino de oro o de la verdad, casi todos escogerían el vellocino de oro, el becerro de oro. Esa es la alternativa perenne. No se puede amar simultáneamente el vellocino de oro y la verdad. Si amamos lo uno no podemos amar lo otro. Si disfrutamos de lo uno no podemos disfrutar de lo otro. Son proposiciones incompatibles.

Anhelos o pretensión vana y absurda es querer comprender la vida sin derramar una lágrima. Librémonos de la codicia, de la concupiscencia y del amor posesivo y sabremos entonces espontáneamente, sin esfuerzo, lo que es la vivencia. Sólo se puede saber lo que se realiza.



En el frontispicio de los santuarios de Atenas había una inscripción que rezaba : "Al Dios no conocido". Pretendemos conocer y llegar a Dios por la vía del conocimiento. Pero lo desconocido no es lo desconocido por el intelecto, por la mente, sino lo desconocido en la vivencia. Cuando lo conocido se ha disipado, es entonces que lo desconocido o lo incógnito puede nacer o emerger. El órgano del conocimiento es el intelecto; pero el órgano de la vivencia es la intuición. Enriquecer <sup>o perfeccionar</sup> el conocimiento no es creación, no es vivencia. Sondear es sondear la existencia ~~XXX~~ misma, no las teorías o las interpretaciones de la existencia. Sondear es vivir, experimentar, realizar. En el genuino sondeo hay amor y compasión porque entonces nos damos cuenta de nuestra solidaridad con todo lo humano, con todo lo viviente. La semilla de la vivencia germina inesperadamente, en vital eclosión. Donde sólo había una mera semilla de intuición de repente florece un árbol frondoso, inmenso, sublime. La semilla se ha trocado en árbol de rico follaje y dulce fruto, dejando de ser semilla. La eternidad ha desplazado y desechado el tiempo. En esa vivencia no hay progreso. La idea de progreso, de progreso definido o indefinido, la idea de evolución, es superficial, intelectual.

Toda experiencia vital conduce directamente a la vida, a la verdad; sin evolución, sin necesidad de progreso. La forma, lo intelectual, lo material, puede progresar, mas no la vida. El progreso es una idea autocreada ; no tiene realidad en sí mismo.

La vida está aquí, ahora, completa en cada instante. Todo lo que ha sucedido en el mundo y todo lo que sucederá está íntegramente en el presente, está aquí presente para quien comprenda y ame. Hoy es siempre. Todo es presente. El ser humano es símbolo y espejo

límpido y diáfano de esa vida eterna que nunca cesa, que está siempre presente, siempre ~~omnipresente~~ omnipresente. Vivir diáfana- mente, ingravidamente, requiere una gran concentración anímica y cierta focalización de energía, libre de las tensiones, pero intensivamente y con propósito. Es propósito espontáneo, eterna- mente renovado, sin intención previa o predeterminada. Es inten- cionalidad sin intención. Porque vivir es casi un milagro. Vivir tiene algo de magia, de sorpresa, de maravilla.

A mí no me ocupa, no me interesa o concierne lo que ocurre en planetas distantes, los fenomenales cohetes interplanetarios y demás hazañas científicas, técnicas o físicas. Lo extrahumano no me concierne. Sólo lo humano me concierne. El universo cerrado, el universo como un mecanismo o como un colosal cronómetro, es algo que me deja indiferente. No tengo nada que objetar ante las personas que se quedan embelesadas o que se sienten patidifusas ante esos fenómenos del cerebro humano. Pero eso no es la vida. *Esos es el velo de "Mâyâ", la ilusión o embelleco de los sentidos.* ni tiene que ver nada con la vida. La vida es espontánea y no tiene nexos con los artilugios mecánicos o ficticios que inventa o fa- brica el ingenio humano. La vida no inventa; la vida no fabrica. La vida crea y creando redime. La vida requiere amor; la creación requiere amor, amor profundo. Las estrellas son maravillosas si las amamos. ~~Esas~~ Mas si no las amamos es como si no existieran. El amor es lo que le da valor a las cosas y a las criaturas, y el de- samor o la indiferencia es lo que les resta valor, lo que las desva- loriza. Como apuntara Krishnamurti, "el amor es la única revolución creativa y constante".

Acaso estimen ustedes que mis palabras constituyen un en- foque o planteamiento nuevo u original de los temas que solemos

examinar en estas reuniones. Voy a confesarles que hará ~~XXXX~~ cosa de tres semanas tuve una gran ~~XXXXXX~~ lucidez intuitiva y me convencí de manera absoluta de la futilidad de toda indagación intelectual. Mi ser, mi conciencia, es ahora sencillamente una ventana de la vida ~~KXI~~ abierta al panorama del mundo. Si en ustedes ha sucedido lo mismo, se darán cuenta del formidable impacto de las emociones cuando brotan o irrumpen sin el dique que ha edificado el intelecto, sin los mecanismos de racionalización, explicación y justificación del intelecto. Cuando la vida y la existencia dejen de ser una problemática, una devanadera de problemas y soluciones, entonces percibiremos el mundo tal cual es, con sus tremendos y trágicos conflictos, y lo superaremos, sin ilusiones, sin deseos, sin esperanzas vanas, sin asomo de crítica o enjuiciamiento. ¡Tanto amor y tanta belleza malogrados en la humanidad y dentro de nosotros mismos! La magna y candente conciencia de esa perenne frustración humana en todo el mundo es demasiado hñda para las lágrimas y demasiado abrumadora para ser susceptible de ~~■~~ enjuiciamiento o ~~■~~ crítica. Si contemplamos el panorama del mundo en toda su portentosa belleza y agonía, no cerraremos jamás las puertas y ventanas del alma, sino que <sup>las</sup> mantendremos perpetuamente abiertas, invitando amorosamente a la vida. No seríamos ~~K~~ entonces como esas flores temerosas que cierran sus corolas al despuntar la noche, sino como ~~siempre vivas~~ <sup>el divino</sup> exhalando su amor, su fragancia, la comprensión eterna del ser humano íntegro, emancipado de todo. ¡Cuán maravilloso es el ser humano sencillo! El ~~hombre~~ <sup>hombil</sup> más humilde es más maravilloso que un dios.